

# Roald Dahl

Historias extraordinarias



Los millonarios, ya se sabe, se aburren mucho, especialmente si han heredado su fortuna y jamás han dado golpe. Ése era el caso de Henry Sugar, cuyo máximo entretenimiento consistía en ver cómo subían y bajaban los valores en la Bolsa. Un tipo la mar de corriente, si no fuera porque un día, apartado de una partida de canasta por falta de pareja, acabó adquiriendo un extraordinario don: ver con los ojos cerrados. Los demás personajes de este libro tienen también alguna rareza que les distingue de sus semejantes. Como el tipo estrafalario y pedante que hace autoestop y acaba demostrando a su compañero de viaje que es el verdadero rey de un oficio sin par. O como ese chico, veraneante en una isla del Caribe, que es capaz de comunicarse con los animales. Claro que a veces lo extraordinario también puede ser terrorífico, como ocurre con los dos jovencitos sin escrúpulos que salen a pasear un sábado por la mañana armados de un rifle del 22. Nada es lo que aparenta, nada puede ser lo que parece ser, pero cuando lo cuenta Roald Dahl, todo acaba siendo posible.

## EL CHICO QUE HABLABA CON LOS ANIMALES

No hace mucho tiempo decidí pasar unas breves vacaciones en las Indias Occidentales. Los amigos me habían dicho que era un lugar maravilloso, que podría pasarme el día entero holgazaneando, tomando el sol en las playas de arenas plateadas y nadando en las aguas cálidas y verdes del mar.

Escogí Jamaica y volé directamente de Londres a Kingston. Tardé dos horas de coche en ir del aeropuerto de Kingston a mi hotel, situado en la costa norte. La isla estaba llena de montañas y éstas aparecían totalmente cubiertas de selvas oscuras y espesas. El jamaicano corpulento que conducía el taxi me dijo que en aquellas selvas vivían comunidades enteras de gentes diabólicas que seguían practicando el vudú, la brujería y otros ritos mágicos.

—No suba usted jamás a esas selvas de la montaña —me dijo, poniendo los ojos en blanco—. ¡Allí arriba suceden cosas que harían que el pelo se le volviese blanco en un minuto!

—¿Qué clase de cosas? —pregunté.

—Es mejor que no me lo pregunte —explicó—. No es prudente hablar de ello siquiera.

Y no quiso decirme nada más del asunto.

Mi hotel se alzaba al borde de una playa perlina y el paisaje era aún más bello de lo que me había imaginado. Pero en el instante en que crucé la gran puerta principal, empecé a sentirme inquieto. No había motivo alguno para ello. No vi nada extraño, pero la sensación era muy viva y no

conseguí librarme de ella. Había algo sobrenatural y siniestro en el lugar. A pesar de la belleza y el lujo, un presagio de peligro flotaba en el aire como si fuera gas tóxico.

Y no tenía la seguridad de que se tratase solamente del hotel. Toda la isla, las montañas y las selvas, las rocas negras que jalonaban la costa y los árboles que parecían cascadas de flores escarlata, todas estas cosas y muchas otras hacían que me sintiese incómodo dentro de mi pellejo. Algo maligno se agazapaba debajo de la superficie de la isla. Lo presentía en mis huesos.

Mi habitación en el hotel tenía un pequeño balcón desde el cual podía bajar directamente a la playa. Crecían cocoteros por doquier y de vez en cuando un coco verde y enorme, del tamaño de un balón de fútbol, caía del cielo y producía un golpe sordo al chocar contra la arena. Se consideraba una estupidez tenderse debajo de un cocotero, ya que, si alguna de aquellas cosas te caía en la cabeza, podía destrozarte el cráneo.

La chica jamaicana que entró a arreglarme la habitación me dijo que un americano rico llamado Wasserman había encontrado la muerte precisamente de aquella manera hacía tan sólo dos meses.

—Lo dice en broma —le dije.

—¡Nada de broma! —exclamó la chica—. ¡No, señor! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Sí, señor!

—¿Y no se organizó un escándalo a causa de lo ocurrido? —pregunté.

—Echaron tierra al asunto —contestó sombríamente—. La gente del hotel echó tierra y lo mismo hizo la gente de los periódicos, porque las cosas así son muy malas para el negocio turístico.

—¿Y dice usted que lo vio con sus propios ojos?

—Sí, señor —dijo—. Míster Wasserman estaba debajo de aquel árbol que hay allí en la playa. Entonces sacó su cámara y enfocó el crepúsculo. Esa noche el crepúsculo era rojo y muy bonito. De pronto un coco verde y grande se

desprende y aterriza en su calva. ¡Bum! Y ése —añadió con cierto entusiasmo— fue el último crepúsculo que míster Wasserman vio en su vida.

—¿Quiere decir que murió en el acto?

—No sé si murió en el acto —dijo—. Recuerdo que lo siguiente que ocurrió es que la cámara se le cayó de las manos y fue a parar a la arena. Luego los brazos cayeron sobre sus costados y se le quedaron colgando allí. Entonces empezó a tambalearse. Se tambaleó varias veces hacia atrás y hacia adelante, muy suavemente, y yo estaba de pie mirándole y yo me dije: el pobre hombre está mareado y puede que vaya a desmayarse de un momento a otro. Entonces muy, muy despacio, se inclinó hacia adelante y se desplomó.

—¿Estaba muerto?

—Más muerto que mi abuela —dijo la chica.

—¡Cielo santo!

—Así es —dijo—. Nunca hay que colocarse debajo de un cocotero cuando hay brisa.

—Gracias —le dije—. No lo olvidaré.

Al atardecer de mi segundo día en el hotel me encontraba sentado en mi pequeño balcón con un libro sobre el regazo y un vaso de ponche en la mano. No estaba leyendo el libro, sino que contemplaba un pequeño lagarto verde que acechaba a otro pequeño lagarto verde en el suelo del balcón, a unos dos metros de mí. El primer lagarto se acercaba al otro por detrás, avanzando con gran lentitud y cautela, y cuando llegó cerca de él sacó su larga lengua y tocó la cola del otro. Este dio un salto y se volvió, quedando los dos cara a cara y sin moverse, pegados al suelo, agazapados, mirándose fijamente y muy tensos. De pronto iniciaron una extraña danza los dos. Saltaban al aire. Saltaban hacia atrás. Saltaban hacia adelante. Saltaban de lado. Daban vueltas el uno alrededor del otro, como dos boxeadores, sin dejar un solo momento de saltar, hacer cabriolas y danzar. El espectáculo resultaba muy raro y me di-

je que seguramente se trataba de algún ritual amoroso. Me quedé muy quieto, esperando ver lo que iba a pasar a continuación.

Pero nunca vi lo que pasó a continuación porque en aquel momento me di cuenta de que se producía una gran conmoción en la playa. Miré hacia allí y vi que un gran número de personas se arracimaba en torno a algo al borde del agua. Cerca de allí, varada en la arena, había una barca de pescador tipo canoa y lo único que se me ocurrió fue que el pescador acababa de llegar con un montón de peces y la gente los estaba mirando.

Una redada de peces es algo que siempre me ha fascinado. Dejé el libro y me levanté. Más gente bajaba de la veranda del hotel y se dirigía presurosamente a reunirse con la multitud que se agolpaba al borde del agua. Los hombres llevaban esos horribles pantalones cortos que llamaban «bermudas» y que llegan hasta las rodillas y sus camisas resultaban biliosas de tanto rosa, naranja y otros colores discordantes como había en ellas. Las mujeres tenían mejor gusto y en su mayoría llevaban bonitos vestidos de algodón. Casi todo el mundo sostenía una copa en la mano.

Recogí mi propia copa y bajé del balcón a la playa. Di un pequeño rodeo para evitar el cocotero debajo del cual se suponía que míster Wasserman había hallado la muerte y crucé la hermosa arena plateada para reunirme con la multitud.

Pero no era una redada de peces lo que la gente estaba contemplando. Era una tortuga tumbada panza arriba sobre la arena. ¡Pero qué tortuga! Era gigantesca, un verdadero mamut. Nunca había creído posible que una tortuga pudiese ser tan enorme. ¿Cómo puedo describir su tamaño? Creo que, de no haber estado panza arriba, un hombre alto habría podido sentarse sobre su caparazón sin que sus pies tocaran el suelo. Tendría quizás un metro cincuenta de

largo y un metro veinte de ancho, con un caparazón alto y abovedado de gran belleza.

El pescador que la capturara la había tumbado de panza arriba para que no pudiera escapar. Había también una gruesa sogá atada alrededor del caparazón y un pescador orgulloso, delgado, negro y sin más vestimenta que un pequeño taparrabo se encontraba a poca distancia del animal, sujetando el extremo de la sogá con ambas manos.

De panza arriba yacía aquella magnífica criatura, con sus cuatro gruesas patas agitándose frenéticamente en el aire y su cuello largo y arrugado sobresaliendo considerablemente del caparazón. En el extremo de las patas tenía unas garras grandes y afiladas.

—¡Apártense, por favor, damas y caballeros! —exclamó el pescador—. ¡Apártense! ¡Las garras son peligrosas! ¡Pueden arrancarles un brazo!

La multitud de huéspedes del hotel se mostraba excitada y a la vez encantada ante aquel espectáculo. Una docena de cámaras enfocaba el animal disparando sin cesar. Muchas mujeres soltaban gritos de placer y se aferraban al brazo de sus hombres, mientras que éstos demostraban su ausencia de temor y su masculinidad haciendo comentarios estúpidos en voz alta.

—Bonito par de gafas con montura de concha te harías con ese caparazón, ¿eh, Al?

—¡La muy condenada debe de pesar más de una tonelada!

—¿Pretendes decirme que realmente puede flotar?

—Claro que flota. Y es una estupenda nadadora, además. Capaz de tirar fácilmente de una barca.

—Es mordedora, ¿verdad?

—Esa no es de las que muerden. Las tortugas mordedoras no son tan grandes como ésa. Pero de una cosa puedes estar seguro: te arrancará la mano de un mordisco si te acercas demasiado.

—¿De veras haría eso? —preguntó una de las mujeres al pescador—. ¿Le arrancarías la mano a una persona?

—Ahora mismo —dijo el pescador, sonriendo con sus dientes blanquísimos—. No le hará ningún daño cuando esté en el océano, pero si la captura, la arrastra a la playa y la coloca panza arriba, ¡entonces hay que andarse con cuidado! ¡Morderá cualquier cosa que se ponga a su alcance!

—Supongo que a mí también me entrarían ganas de dar mordiscos —dijo la mujer— si me encontrase en esta situación.

Un idiota acababa de encontrar un tablón que el agua había arrojado a la playa y se acercaba con él a la tortuga. Era un tablón bastante grande, de alrededor de un metro cincuenta de largo y quizá dos centímetros y medio de grueso. Con la punta del mismo empezó a tascar la cabeza de la tortuga.

—Yo no haría eso —dijo el pescador—. Sólo conseguiré enfurecerla más.

Cuando el extremo del tablón tocó el cuello de la tortuga, ésta volvió rápidamente su cabezota, abrió la boca y, ¡zas!, cogió el tablón y lo atravesó con sus dientes como si fuera un pedazo de queso.

—¡Atiza! —gritaron los espectadores—. ¿Habéis visto? ¡Me alegro de que no fuera mi brazo!

—Déjenla en paz —dijo el pescador—. No es conveniente excitarla.

Un hombre barrigudo, de muslos gruesos y piernas muy cortas se acercó al pescador y dijo:

—Escuche, buen hombre. Quiero ese caparazón. Se lo compro —y dirigiéndose a su regordeta esposa, añadió—: ¿Sabes qué voy a hacer, Mildred? Me llevaré ese caparazón a casa y haré que un experto le saque brillo. ¡Luego lo instalaré en el centro mismo de nuestra salita de estar! ¿Verdad que quedará bonito?

—Fantástico —dijo la esposa regordeta—. Adelante, cómpralo, querido.



—No te preocupes —dijo él—. Ya es mío —y volviéndose al pescador, dijo—: ¿Cuánto pide por el caparazón?

—Ya la he vendido —dijo el pescador—. La he vendido con caparazón y todo.

—No tan aprisa, buen hombre —dijo el hombre barrigudo—. Yo le pagaré más. Vamos. ¿Cuánto le han ofrecido?

—No hay nada que hacer —contestó el pescador—. Ya la he vendido.

—¿A quién? —preguntó el hombre barrigudo.

—Al director.

—¿Qué director?

—El director del hotel.

—¿Lo han oído? —gritó otro hombre—. ¡La ha vendido al director de nuestro hotel! ¿Y saben qué significa eso? ¡Significa sopa de tortuga! ¡Eso es lo que significa!

—¡Tiene mucha razón! ¡Y bistec de tortuga! ¿Alguna vez has comido filete de tortuga, Bill?

—Nunca, Jack. Pero ardo en deseos de probarlo.

—Un filete de tortuga es mejor que uno de buey si lo cocinas como es debido. Es más tierno y tiene mucho más sabor.

—Oiga —dijo el hombre barrigudo, dirigiéndose al pescador—. No trato de comprar la carne. El director puede quedársela. Puede quedarse con todo lo que haya dentro incluyendo los dientes y las uñas. Lo único que quiero es el caparazón.

—Y si te conozco bien, querido —dijo su esposa, sonriéndole de oreja a oreja—, tuyo será el caparazón.

Permanecí allí de pie, escuchando la conversación de aquellos seres humanos. Hablaban de la destrucción, el consumo y el sabor de una criatura que, incluso estando panza arriba, parecía extraordinariamente digna. Una cosa era segura. Era de mayor edad que ellos. Probablemente se había pasado ciento cincuenta años surcando las verdes aguas de las Indias Occidentales. En ellas estaba ya cuando George Washington era presidente de los Estados Unidos y

Napoleón recibía una buena paliza en Waterloo. Por aquel entonces debía de ser una tortuga pequeña, pero no había la menor duda de que ya estaba allí.

Y ahora estaba aquí, tumbada de espaldas sobre la arena, esperando el momento de ser sacrificada y convertida en sopa y filetes. Era evidente que la alarmaban el ruido y los gritos que se oían a su alrededor. Alargaba el cuello viejo y arrugado y su cabezota se volvía a un lado y a otro como si buscara a alguien capaz de explicarle el motivo de tantos malos tratos.

—¿Cómo la llevará hasta el hotel? —preguntó el hombre barrigudo.

—Arrastrándola por la playa con la soga —repuso el pescador—. El personal del hotel vendrá pronto a llevársela. Harán falta diez hombres y que todos tiren a la vez.

—¡Escuchen! —exclamó un joven musculoso—. ¿Por qué no la arrastramos nosotros? —el joven musculoso llevaba unos «bermudas» color magenta y verde guisante e iba sin camisa. Su pecho era excepcionalmente peludo y saltaba a la vista que la ausencia de camisa era un detalle premeditado—. ¿Qué les parece si trabajamos un poco para ganarnos la cena? —dijo, moviendo los músculos—. ¡Vamos, amigos! ¿Quién quiere hacer un poco de ejercicio?

—¡Magnífica idea! —gritaron los demás—. ¡Un plan espléndido!

Los hombres entregaron sus copas a las mujeres y corrieron a coger la soga. Se colocaron al lado de ella como si se dispusieran a practicar el juego de la cuerda, y el joven del pecho peludo se nombró a sí mismo capitán del equipo.

—¡Vamos, muchachos! —gritó—. Cuando diga «¡ahora!» todos a tirar a la vez, ¿entendido?

Aquello no pareció hacerle mucha gracia al pescador.

—Es mejor que ese trabajo lo dejen para los del hotel —dijo.

—¡Tonterías! —gritó el del pecho peludo—. ¡Ahora, muchachos, ahora!

Tiraron todos. La gigantesca tortuga se tambaleó sobre su espalda y estuvo a punto de volcar.

—¡Que no vuelque! —chilló el pescador—. ¡Harán que vuelque si tiran así! Y si vuelve a quedar patas abajo, pueden estar seguros de que se escapará.

—Cálmese, buen hombre —dijo el del pecho peludo con aire de protección—. ¿Cómo quiere que se escape? La tenemos atada con una sogá, ¿no es así?

—Si le dan la oportunidad, ¡los arrastrará a todos! —exclamó el pescador—. ¡Los arrastrará hasta el océano! ¡A todos!

—¡Ahora! —gritó el del pecho peludo, haciendo caso omiso del pescador—. ¡Ahora, muchachos, ahora!

Y la gigantesca tortuga empezó a deslizarse muy lentamente playa arriba, hacia el hotel, hacia la cocina, hacia el lugar donde se guardaban los cuchillos grandes. Las mujeres y los hombres más viejos, más gordos y menos atléticos siguieron a la comitiva jaleando a los que tiraban de la sogá.

—¡Ahora! —gritó el peludo capitán del equipo—. ¡Ánimo, muchachos! ¡Más fuerte todavía!

De repente oí gritos. Todo el mundo los oyó. Eran unos gritos tan agudos, tan estridentes y tan apremiantes que se impusieron a los demás ruidos.

—¡No-o-o-o-o! —decían los gritos—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La multitud se quedó helada. Los hombres que tiraban de la sogá dejaron de tirar y los mirones dejaron de gritar mientras todos los presentes se volvían hacia el lugar de donde venían los gritos.

Medio caminando, medio corriendo, bajaban por la playa, procedentes del hotel, tres personas: un hombre, una mujer y un chico. Medio corrían porque el chico tiraba del hombre. El hombre tenía al chico cogido por la muñeca y

trataba de hacerle aflojar el paso, pero el pequeño seguía tirando. Al mismo tiempo daba botes, se retorció y trataba de librarse de la mano del padre. Era el chico quien gritaba.

—¡No! —gritó—. ¡No lo hagan! ¡Déjenla ir! ¡Déjenla ir, por favor!

La mujer, que era la madre del muchacho, trataba de sujetarle por el otro brazo y de esta manera ayudar al padre, pero el chico pegaba tantos botes que no lo consiguió.

—¡Suéltenla! —gritó el pequeño—. ¡Lo que hacen es horrible! ¡Déjenla, por favor!

—¡Basta ya, David! —dijo la madre, tratando aún de cogerle el otro brazo—. ¡No seas tan infantil! Te estás poniendo en ridículo.

—¡Papá! —gritó el chico—. ¡Papá! ¡Diles que la suelten!

—No puedo, David —contestó el padre—. No es asunto nuestro.

Los que arrastraban a la tortuga permanecieron inmóviles, aunque sin soltar la soga en cuyo extremo se hallaba atado el gigantesco animal. Todo el mundo estaba callado y sorprendido, mirando fijamente al chico. Parecían todos algo turbados. Todos presentaban la expresión ligeramente avergonzada de la gente a la que han pillado haciendo algo que no es del todo honorable.

—Vamos, David —dijo el padre, tirando del niño—. Volvamos al hotel y dejemos a esta gente en paz.

—¡No quiero volver! —gritó el chico—. ¡No quiero! ¡Quiero que la suelten!

—¡Vamos, David! —dijo la madre.

—Largo de aquí, mocoso —dijo el del pecho peludo.

—¡Es usted horrible y cruel! —gritó el muchacho—. ¡Todos ustedes son horribles y crueles! —pronunció las palabras muy claramente, lanzándolas contra los cuarenta o cincuenta adultos que se encontraban en la playa, y nadie, ni siquiera el joven del pecho peludo, le contestó esta vez—.

¿Por qué no la devuelven al mar? —gritó el chico—. ¡Ella no les ha hecho nada! ¡Suéltenla!

El padre se sentía azorado ante el comportamiento de su hijo, pero en modo alguno avergonzado.

—Está loco por los animales —explicó, dirigiéndose a la multitud—. En casa tiene animales de todas las especies que existen bajo el sol. Habla con ellos.

—Los quiere mucho —dijo la madre.

Varias personas empezaron a moverse nerviosamente. Aquí y allá se advertía cierto cambio de actitud entre los espectadores, una sensación de incomodidad, incluso un leve toque de vergüenza. El chico, que no tendría más de ocho o nueve años, ya había dejado de forcejear con su padre. Este seguía sujetándole la muñeca, pero sin demasiada fuerza.

—¡Vamos! —gritó el pequeño—. ¡Déjenla ir! ¡Desátenle la soga y dejen que se vaya!

Se encaró a la multitud, pequeño y erguido, con los ojos brillándole como dos estrellas y el pelo agitado por el viento. Estaba magnífico.

—No hay nada que podamos hacer, David —dijo el padre con tono bondadoso—. Volvamos al hotel.

—¡No! —exclamó el niño.

Y en aquel momento dio un tirón repentino y se soltó al mismo tiempo que echaba a correr por la arena hacia la gigantesca tortuga tumbada panza arriba.

—¡David! —chilló el padre, echando a correr tras él—. ¡Detente! ¡Vuelve aquí!

El muchacho atravesó la multitud como un jugador de rugby corriendo con la pelota y la única persona que se adelantó para interceptarle fue el pescador.

—¡No te acerques a esa tortuga, muchacho! —gritó mientras trataba de echársele encima para detenerle. Pero el chico le esquivó y siguió corriendo—. ¡Te despedazará a mordiscos! —chilló el pescador—. ¡Detente, muchacho, detente!

Pero ya era demasiado tarde para detenerle y, al llegar corriendo hasta la tortuga, el animal le vio y su enorme cabezota se volvió para mirarle de frente.

La voz de la madre del chico, el gemido aterrado y atormentado de la madre, se alzó en el cielo crepuscular.

—¡David! ¡Oh, David!

Y segundos después el muchacho se postraba de rodillas en la arena, rodeaba con sus brazos el cuello viejo y arrugado del animal y apretaba a éste contra su pecho. La mejilla del chico se apretaba contra la cabezota de la tortuga mientras sus labios se movían, susurrando palabras dulces que nadie más podía oír. La tortuga se quedó absolutamente quieta. Incluso sus gigantescas patas dejaron de azotar el aire.

Un gran suspiro, un largo suspiro de alivio, surgió de la multitud. Muchas personas dieron uno o dos pasos hacia atrás, como si trataran de alejarse un poco más de algo que escapaba a su comprensión. Pero el padre y la madre se adelantaron juntos y se detuvieron a unos tres metros del hijo.

—¡Papá! —exclamó el chico, sin dejar de acariciar la cabeza parda—. ¡Haz algo, por favor, papá! ¡Haz que la suelten, por favor!

—¿Puedo ayudarles en algo? —dijo un hombre vestido con un traje blanco que acababa de bajar del hotel. El hombre, como sabía todo el mundo, era míster Edwards, el director. Era un inglés alto y narigudo de cara larga y sonrosada—. ¡Qué cosa más extraordinaria! —dijo, mirando al chico y a la tortuga—. Tiene suerte de que no le haya arrancado la cabeza de una dentellada —y dirigiéndose al chico, añadió—: Será mejor que te apartes de ella, muchacho. Ese bicho es peligroso.

—¡Quiero que la suelten! —exclamó el pequeño, que seguía acunando la cabezota del animal entre sus brazos—. ¡Díales que la suelten!

—Se dará usted cuenta de que el animal podría matarle en cualquier instante —dijo el director al padre del chico.

—Déjele en paz —contestó el padre.

—Ni pensarlo —dijo el director—. Haga el favor de apartarle de ahí. Pero dése prisa. Y tenga cuidado.

—No —dijo el padre.

—¿Cómo que no? —dijo el director—. ¡Estas cosas son letales! ¿Es que no lo comprende?

—Sí —dijo el padre.

—Entonces, por el amor de Dios, hombre, ¡sáquelo de ahí! —exclamó el director—. Si no lo hace, se producirá un accidente muy desagradable.

—¿De quién es? —preguntó el padre—. ¿Quién es el propietario de la tortuga?

—Nosotros —repuso el director—. El hotel la ha comprado.

—En tal caso, hágame un favor —dijo el padre—. Permítame que se la compre.

El director miró al padre, pero no dijo nada.

—No conoce usted a mi hijo —explicó el padre, hablando con voz tranquila—. Se volverá loco si se llevan la tortuga al hotel y la matan. Se pondrá histérico.

—Limítese a apartarle de su lado —dijo el director—. Y dése prisa.

—Ama a los animales —insistió el padre—. Los ama de veras. Se comunica con ellos.

La multitud guardaba silencio, tratando de oír lo que decían los dos hombres. Nadie se alejó de allí. Parecían hipnotizados.

—Si la soltamos —dijo el director—, sólo servirá para que vuelvan a capturarla.

—Quizás sea así —dijo el padre—. Pero esos bichos saben nadar.

—Ya sé que saben nadar —contestó el director—. Pero la capturarán de todos modos. Se trata de un ejemplar va-